





CASA DE ALQUILER



CHAI EDITORA





Weike Wang

CASA DE
ALQUILER

Traducción de DAMIÁN TULLIO

Wang, Weike

Título original: *Rental House*

© Del texto, Weike Wang 2024

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Damián Tullio, 2025

Diseño de cubierta
Ese Estudio

Corrección
Claudia Arce

Corrección de la edición en España
Nacho del Arco Bonet

Foto de cubierta
Lucila Heinberg

Diseño de colección e identidad
Lamas Burgariotti

Primera edición en España
Noviembre 2025

ISBN: 978-84-129405-7-2

Edición publicada bajo el acuerdo con The
Joy Harris Literary Agency Inc. a través de
International Editors & Yáñez Co S.L.

www.chaieditora.com



Primera parte

Había empezado a buscar en invierno, había revisado páginas de alquileres recomendadas por amigos que se iban de vacaciones largas en verano y entendían de estas cosas. Ellos sabían qué pueblos a lo largo de Cape Cod tenían las playas más limpias, qué pueblos en Nantucket eran los mejores para ir con niños y qué puestos de helado frecuentaban los Obama en Martha's Vineyard. Anotó todos esos consejos en un cuaderno. Martha's Vineyard = los Obama = helado. Señaló los mejores lugares para ir con niños para evitarlos. Su marido y ella, casados hacía cinco años, habían pensado en visitar Cape Cod alguna vez, pero en esos cinco años nunca lo habían hecho. Decidieron que este verano lo harían. Saldrían de Manhattan y pasarían un mes a pocos pasos de distancia del océano Atlántico, en una cabaña con tejados, persianas de madera y dos dormitorios. Dos dormitorios para que los padres de ella y los de él pudieran visitarlos, primero unos, luego los otros.

Durante las semanas previas, Nate insistió en que fueran realistas. El año anterior había habido una pandemia. Se habían negado a ver a sus padres o a abandonar la casa por largos períodos de tiempo. Él prefería quedarse en su burbuja, aunque sabía que las burbujas, tarde o temprano, hay que pincharlas. Y de repente estaban de camino al norte, en un coche alquilado. El maletero estaba lleno de comida, ropa y artículos de limpieza, y su perra lanuda gigante de cuatro años, Mantou, iba sentada erguida en el asiento trasero. Si bien la idea idílica de un viaje con sus padres había sido de Keru, la de tener una enorme perra lanuda en plena ciudad había sido de Nate. Una perra así había sido su sueño de cuando era pequeño. Un sueño pastoral

de campos interminables y un amigo de tu misma altura con un pelaje tan profuso que podías enterrar tus manos en él, que te guiaría en medio de bosques mágicos. Nate se había criado en una casa pequeña, de una planta, con alfombras marrones. Su madre le había permitido tener dos ratones, muchos peces, una serpiente, pero nunca un perro.

—Esos perros de raza son caros, para gente pretenciosa —le dijo—. ¿Por qué gastar en ellos cuando hay tantos perros callejeros que necesitan cariño? —Aunque su madre jamás habría recogido a un perro de la calle.

Kate y Nate discutieron sobre el nombre de la perra lanuda.

—Mantou significa pan al vapor —dijo Keru, que era bilin-güe y había venido de China cuando era niña.

—Sé lo que significa —dijo Nate, que había estado yendo a clases de chino desde que se dio cuenta de que, cuando se reunía con Keru y sus padres, nunca se enteraba de lo que pasaba.

—Entonces, ¿qué tiene de malo Mantou? —preguntó Keru.

Nate mencionó esa propensión que tienen las parejas es-nobs de nombrar a sus perros con nombres de panes. La perra venía de un criador respetado. Habían estado dos años en lista de espera y pagado un depósito nada despreciable para entrar en esa lista.

A Keru no le gustaba lo suficiente ninguna fruta ni verdu-ra como para llamar así a su perra. Tampoco iba a ponerle un nombre humano, como Stacy. La otra posibilidad era Huajuan, una versión más sofisticada, con diseño en espiral, del tradicio-nal pan al vapor. Nate repitió la palabra algunas veces, conven-cido de que la pronunciaba correctamente, pero Keru le dijo que lo estaba haciendo mal, aunque Nate no podía distinguir en qué parte se equivocaba y ella tampoco podía explicárselo exactamente. Él aceptó que Mantou estaba bien.

La primera semana en la cabaña estuvieron solos. Además de pasear a Mantou dos veces al día alrededor del pequeño barrio privado de casas de alquiler, Keru y Nate pasaban horas y horas viendo un programa de televisión sobre las casas de los multimillonarios. Hablaban sobre la locura que sería comprar una propiedad en su ciudad, una ciudad que ambos amaban, pero que no estaba exenta de problemas, como el alto coste de vida, los elevados precios de la vivienda, las confusas restricciones de tráfico durante los fines de semana y una creciente marea de millonarios que jamás usaban el transporte público y no paraban de decir lo maravillosa y barata que era la ciudad. Una vez que conseguían desenterrarse del sofá, Nate y Keru cocinaban algo rápido, pasta instantánea con carne y queso, y bebían ingentes cantidades de ginebra. Cada vez que Mantou les traía un juguete, ellos lo lanzaban para que ella fuera a buscarlo o jugaban a que ella lo mordiera y diera tirones, hasta que se cansaba. Tenían sexo a cualquier hora del día, en posiciones variadas, y a veces recurrían al vibrador de viaje de Keru, el cual, una vez que sus padres llegaran, desaparecería en el fondo de una maleta o escondido dentro de un calcetín. En las calles de Chatham no había ruido. Faltaba ese caos constante de congestión humana al que estaban acostumbrados. El silencio se volvió un tema de conversación. Que no se escuchara ninguna sirena, ¿no era de por sí alarmante? ¿Estaban todos muertos? ¿Cómo hacían los vecinos para expresar sus frustraciones si no podían hacer sonar frenéticamente los cláxones de los coches o gritar?

Otro tema de conversación era quién tenía los padres más complicados. Cada uno de ellos tenía argumentos poderosos para afirmar que los propios, pero la respuesta en realidad no importaba y solo lo discutían porque estaban ansiosos.

El orden de las visitas fue pensado estratégicamente. Los padres de Keru tenían una obsesión compulsiva con la limpieza

y la seguridad, y desde el principio de la pandemia no salían a la calle si no era con doble mascarilla, guantes y gas pimienta. Si antes salían a cenar un par de veces al año, ante los constantes ruegos de Keru, quien creía que una familia estadounidense debía hacerlo cada tanto, eso ya no sucedería de nuevo. Jamás volverían a encargarse de la comida para llevar, y a menos que algún familiar estuviera a punto de morir y las fronteras de China volvieran a abrirse por completo, jamás volverían a coger un avión. Los padres de Keru vivían en medio de Minnesota, donde ella había ido al instituto, aunque nunca lo consideró su hogar. Para evitar pasar la noche en un motel, sus padres condujeron por turnos, deteniéndose únicamente en zonas de descanso estatales, donde comían ramen que cocinaban dentro del coche. Los visitaban primero porque de otra forma no los habrían visitado. Se habrían negado rotundamente a quedarse en la cabaña y dormir en la cama donde antes había dormido otra pareja, aunque fuera una pareja que conocían.

En su última noche solos, Nate caminó hasta la licorería local y compró una botella de vino tinto para la cena. Quería darle a Keru la opción de emborracharse porque, una vez que sus padres llegaran, no podría beber sin el riesgo de que la tacharan de alcohólica. Cuando volvió de la licorería todo la casa olía, como era de esperar, a lejía. Keru estaba en el baño frotando las juntas y limpiando manchas del suelo. Luego fue hasta la cocina y se puso a limpiar los regueros de agua seca de los electrodomésticos. Volvió a meter en el lavavajillas, con el programa de agua más caliente, los cubiertos y los platos que ya habían lavado la noche anterior.

—No menciones que usamos el lavavajillas —dijo ella.

Nate ya había cometido ese error, durante el primer año de su matrimonio, cuando le dio a entender a su suegro, a modo de broma, que Keru y él encendían el lavavajillas todas las noches y a veces incluso por diversión.

—No hay ningún problema en que uses esa máquina, Nate —le dijo su suegro en tono muy formal, como si estuviera en un tribunal—, pero Keru no debe hacerlo. Usar el lavavajillas es admitir una derrota. Nadie está tan ocupado como para no poder emplear diez minutos de su día en limpiar su propia mugre. Puede que no seas lo suficientemente aplicado para usar una esponja y detergente, pero Keru lo es, y debes animarla a que lo siga siendo.

El comentario ponía a Nate en una posición difícil. Por un lado, su suegro lo había tratado, abierta y despreocupadamente, como un inepto; y, por el otro, también parecía aprobar que Nate tratara a Keru como su criada. Nate se rio con nerviosismo mientras su suegro lo miraba. Ese día entendió que su suegro y él nunca serían amigos como lo había sido con los padres de sus otras novias. Nunca iban a tomar una cerveza en el jardín mientras asaban un pedazo de carne o pescaban o mientras jugaban a la petanca. Tampoco iban a jugar *backgammon* juntos o desafiarse con datos curiosos intrascendentes. Más allá del bienestar de Keru, no tendrían ningún interés en común.

Nate le preguntó a Keru qué quería cenar antes de que llegaran sus padres con sus neveritas llenas de comida casera y no hubiera otra opción.

Keru dijo que no tenía hambre, y la razón por la que no tenía hambre era porque todavía quedaba mucho por hacer. La basura y los cubos de reciclaje seguían llenos. Necesitaba meter en la lavadora todas las sábanas una vez más, todos los toallones, las toallas de mano, los paños y limpiar los cristales de las ventanas, fregar los suelos, barrer la entrada de coches, pasar el rolo para quitar pelusas de sus prendas y después hacer una última pasada para verificar todo.

Mientras su mujer se ocupaba de eso, Nate se comió una barrita de granola con la palma de la mano bajo su boca para

atrapar las migas. Luego descorchó la botella de vino y la colocó sobre una servilleta encima de la mesa del comedor, junto a un único vaso desechable. Sacó a Mantou para su paseo vespertino, pasó por la entrada de coches aún sin barrer y a través de un sendero de grava que llevaba a un camino de arena que daba a una pequeña playa. Había carteles por todas partes que advertían que los perros debían llevar correa en todo momento, con el “todo momento” subrayado y en negrita, pero como la playa estaba vacía, Nate soltó a Mantou durante cinco minutos y la miró correr hacia las olas.

Al llegar, los padres de Keru hicieron un breve recorrido por la propiedad. Comentaron ciertas imperfecciones, como lo estrecha que era la entrada de coches y la ausencia de una manguera para regar el jardín, en caso de que la casa se prendiera fuego.

—¿Por qué se prendería fuego la casa? —preguntó Keru.

Su madre enumeró una lista de posibles razones. Tormentas eléctricas, un incendio forestal repentino, vecinos que no los quisieran ahí, una fuga de gas que bien los podía matar mientras dormían, o bien terminar en una explosión. Keru ya había oído enumeraciones así antes y de hecho tenía las suyas propias. Cuando notaba que no parecía lo suficientemente aterrorizada, su madre presionaba el dedo índice sobre el centro de la frente de Keru y empujaba. La presencia de Nate pasó prácticamente desapercibida. Los padres de ella lo saludaron desde lejos y jamás le presionaron el dedo sobre la frente o siquiera lo intentaron, y la situación le resultaba ideal. Detrás de Nate apareció Mantou. Cuando intentó subirse sobre el padre de Keru, este le dijo en chino:

—Antes tenemos que lavar tus patas.

Una vez que los padres de ella consideraron que el área estaba libre de amenazas inminentes, decidieron que era momento

de vaciar las neveritas, entrar a la cabaña y quitarse las mascarillas y los guantes. Mientras la madre de Keru preparaba la comida, el padre trajo un recipiente con agua tibia para limpiar cada una de las patas de Mantou, deteniéndose en cada falange durante unos veinte segundos. Luego, les enseñó el agua sucia a Keru y a Nate, que habían insistido en usar toallitas desinfectantes y no un recipiente con agua. Solo así permitieron que Mantou volviera a entrar en casa. Tras un almuerzo de brochetas de cerdo y ensalada de pepinos, la madre de Keru le pidió a su hija que la ayudara a lavar los platos, y el padre llamó a Nate para hablar sobre celdas de combustible.

El padre de Keru trabajaba en la industria energética, era químico industrial, y Nate era profesor universitario y estudiaba la mosca de la fruta. Como ambos eran hombres de ciencia, era de esperar que hubiera algún tipo de interés común, aunque cada vez que se encontraban la pregunta con la que el padre de Keru iniciaba sus charlas con Nate era si existía alguna investigación en biología o biología aplicada que pudiera ayudar con la crisis energética actual, la necesaria abolición de los combustibles fósiles y el irremediable daño ambiental causado por los miles de millones de motores a combustión. “Las celdas de combustible son el futuro”, decía su suegro, dando un golpe ligero con el puño en alguna superficie, a veces en su otro puño. No la energía nuclear, no Elon Musk, sino las celdas de combustible, las que pueden convertir gas de hidrógeno en electricidad sin generar emisiones.

Nate asentía y repetía “Ajá”, y luego respondía, como había hecho otras veces, que como él solo estudiaba las moscas de la fruta no tenía conocimiento de ningún avance reciente que pudiera ayudar en aquel futuro, aunque lamentaba no poder ayudar.

Nate solía pensar que su suegro hablaba de celdas de combustible como una forma de vanagloriarse. Pero hacía unos

pocos años a Nate se le había ocurrido que las celdas de combustible eran el único tema de conversación en el que el padre de Keru se sentía lo suficientemente preparado como para embarcarse en una charla en inglés que pudiera reflejar su intelecto. Su suegro figuraba como inventor en muchas patentes de la empresa en la que trabajaba, papeles llenos de cálculo infinitesimal y símbolos griegos que Nate no entendía. Siempre que se tratara de celdas de combustible, su suegro controlaba la conversación y su propia imagen. En ese caso, Nate se sentía obligado a escucharlo y a repetir, con el respeto de un yerno que anhelaba su cariño, que no sabía nada sobre fuentes de energía limpia, pero le alegraba saber que su suegro estaba trabajando en ello.

Cuando Nate le comentó esta fijación con las celdas de combustible a su propia madre, de modo anecdótico, a ella no le pareció nada cómico y expresó su opinión en forma de preguntas:

—¿Cómo que eso es de lo único que habláis? ¿No te puede hablar de ninguna otra cosa? ¿Ni del clima ni de tu trabajo? ¿Por qué pretende que lo sepas todo sobre él si no hace el esfuerzo por saber nada sobre ti?

Su madre solía llamarlo desde el teléfono fijo de su diminuta cocina, apoyada sobre la barra, con un delantal bañado en suciedad alrededor de la cintura, pero sin comida en el fuego. Cuando Nate y Keru todavía eran novios, también hacía preguntas:

—¿Qué tipo de inmigrantes son? ¿Qué clase de ciudadanos chinos? ¿Son cristianos? ¿Creen en Dios? ¿Entraron en el país como corresponde? ¿Sus padres son ciudadanos estadounidenses? ¿Keru es ciudadana? ¿Se sienten más estadounidenses o chinos? ¿Hablan en chino cuando estás tú? ¿Sabes que no puedes entender chino? ¿Les has preguntado? ¿Cómo va a ser eso ofensivo? Les tienes que explicar, de manera educada, que con Keru

solo hablaremos en inglés y que esperamos que Keru se dirija a nosotros únicamente en inglés.

Las preguntas desilusionaron a Nate, incluso pensó en decirselo, aunque no quería escuchar sus excusas de por qué su xenofobia no era realmente xenofobia. Como si fuera una gran mamá osa que solo hace preguntas incisivas por su bien, para protegerlo (y protegerlos) de que su mujer extranjera no fuera una chupasangre. La cuestión de la ciudadanía era sobre lo que su madre más preguntaba, y para evitar que ella lo siguiera desilusionando, era también la única que se dignaba a responder. Le explicó toda el proceso. Para convertirse en ciudadanos estadounidenses, Keru y sus padres habían renunciado a sus pasaportes rojos de la República Popular China cuando Keru todavía era una niña. Habían hecho un examen, habían tenido entrevistas, habían jurado lealtad a la bandera, les habían dado un firme apretón de manos y los habían felicitado: ahora formaban parte de la tierra de la libertad, una libertad que no había en su anterior patria. Pero incluso si Keru no tuviera la ciudadanía, él se casaría con ella de todas formas. Su madre le dijo que a ella tampoco le importaba, siempre y cuando Nate fuera feliz. Tres meses después volvió a preguntarle sobre la ciudadanía de Keru, porque había olvidado lo que Nate le había dicho. Esta vez prometió tomar nota... de esa respuesta que no le importaba.

Los padres de él se casaron nada más terminar el instituto, en la misma iglesia en la que se habían casado sus propios padres, en el mismo pueblo en el que ellos y sus padres habían nacido, a los pies de las montañas de Blue Ridge. Su madre trabajó como camarera hasta que se quedó embarazada. Su padre regentaba un supermercado. Cuando la tienda cerró, se mudaron a otro pueblo que tenía una tienda levemente peor que la anterior que necesitaba nuevos dueños. Durante el verano y los fines de semana, Nate trabajaba reponiendo los estantes,

etiquetando latas de legumbres y conservas, o señalando con una etiqueta naranja tartas de fruta a punto de caducar. Para desalentar que las cambiaran, las etiquetas eran imposibles de despegar. Un ladrón tendría que estar ahí de pie diez minutos o más para despegar un código de barras y poder llevarse el producto sin hacer sonar las alarmas. Y, según le enseñó su padre, ese era el secreto de las tiendas baratas, usar ese tipo de etiquetas viejas e ir modificando el precio con un rotulador. Su padre trabajaba de seis a seis los días de semana, en el Día de Acción de Gracias y en Navidad, y ninguno de sus empleados le duraba un año entero. Las generaciones más jóvenes lo irritaban, y lo decía a viva voz, sobre todo a los que pasaban más tiempo en la sala de descanso, a los que les gritaba que tenían que ponerse a trabajar de una maldita vez. Cuando Nate estaba en el instituto, su padre se sentó con él y le explicó que probablemente no hubiera futuro regentando supermercados, de modo que Nate tenía que buscarse otra cosa que hacer. Mencionó al hijo de su hermana, el primo de Nate, que trabajaba en una fábrica de neumáticos en otro estado y estaba de camino a convertirse en mozo de almacén. Mencionó también al otro hijo de su hermana, que había comenzado una formación profesional para convertirse en soldador.

—¿Algo de eso te interesa? —le preguntó su padre.

Nate dijo que escuchaba opciones.

—Una persona debe tener habilidades —le dijo su padre.

Y si bien Nate estaba de acuerdo, también sabía perfectamente que su padre se refería a habilidades físicas. Cargar y descargar cajas. Un oficio en el que se usaran las manos. O un deporte. Aunque nunca lo dijeron en voz alta, una enorme nube de tristeza se posó sobre el hogar de Nate el día que anunció que no intentaría más unirse a los equipos de fútbol, baloncesto o béisbol. Al menos su hermano mayor, Ethan, había

practicado lucha libre, pero Nate era alto y escuálido. Frente a un espejo de cuerpo entero a veces tenía la sensación de ser un palillo de dientes.

Cuando entró en Yale con una beca completa —una sorpresa para todos, dado que nadie sabía que se había inscrito o que esas universidades ofrecieran becas—, su madre fue a la tienda de ropa más cara de la ciudad, una sucursal de Sears, y le compró su primer abrigo de invierno de verdad, relleno de fibra sintética. Era una talla más grande, pero su madre dijo que crecería, algo que nunca pasó. En Yale, durante su último año, Nate conoció a Keru en una fiesta de Halloween. Ella había ido a la fiesta vestida con una camiseta con estampado de leopardo, una chaqueta a cuadros y unos pantalones dorados brillantes. Él iba con una aleta de tiburón pegada en la espalda.

—¿De qué se supone que estás disfrazada? —le preguntó él.

—De indecisión —dijo ella—. O de mujer mal vestida. ¿Por qué? ¿De qué se supone que estás disfrazado tú?

Él señaló su tonta aleta de goma espuma y la sacudió alocadamente.

—¿No se nota? Soy un tiburón blanco.

Ella lo miró incisivamente. Después, se echó a reír. Una verdadera carcajada. Todo porque pensó que se trataba de un juego de palabras ingenioso sobre ser un “tiburón”, un hombre blanco rico en una universidad prestigiosa. Él le aclaró que no pretendía ser algo tan ingenioso. Se sintió desconcertado y le dio vergüenza. Ella se rio un poco más.

Dado que estaban en una fiesta, dejó que la chica que reía asumiera cosas sobre él. No le aclaró de inmediato que venía de una familia pobre en el medio de la nada y que era el primero de su familia en asistir a la universidad. En los últimos años se habían creado designaciones técnicas, programas de apoyo y mentorías para personas como él. La primera vez que escuchó el término

“primera generación”, él era el profesor más joven de un nuevo comité creado para atender los casos de estos chicos. ¿Qué necesitaban? ¿Cómo sería la transición para ellos? Hasta entonces, Nate nunca se había puesto a pensar en sus propias necesidades ni en su transición, y si su hermano Ethan hubiera ido a la universidad él no habría tenido que ser el primero. Pero Ethan se había juntado con las personas equivocadas, robado algunos coches y pasado un semestre en un centro de menores. Cuando lo liberaron, terminó el instituto, y luego empezó a conducir hacia el oeste, luego al sur y de vuelta al oeste, trabajando de lo que fuera en el camino. Nate sabía poco del paradero de Ethan, excepto cuando le llegaba alguna carta en la que le confesaba que había descubierto su nuevo amor por Jesucristo y en la que le pedía, por favor, si podía enviarle algo de dinero que le ayudara en su recién descubierta religiosidad, preferiblemente billetes de cien dólares envueltos en una servilleta dirigidos a una dirección nueva. Cuando Nate confrontaba a su madre y le hablaba de estas cartas (él sabía que ella le enviaba dinero a Ethan y también que ella le había dado su dirección en New Haven), ella le recordaba que no debía dejar que sus humos elitistas se le subieran a la cabeza, que él y Ethan venían del mismo lugar, habían sido igual de queridos, y tenían las mismas tendencias, y solo la voluntad de Dios había querido que Nate estuviera ahora en un camino distinto, y que tranquilamente las cosas podrían haberse dado al revés.

Si bien su madre no era una mujer muy religiosa y odiaba ir a la iglesia durante la Pascua, cosa que, por supuesto no hacía, cada tanto utilizaba “la voluntad de Dios” para torcer una discusión a su favor y terminarla. Su madre sabía que él ya no creía en Dios. Antes le preguntaba por qué. Él respondía honestamente: por ninguna razón en particular, solo que había dejado de tener sentido para él de forma gradual, no de un día para otro. Su madre le decía que no lo entendía y Nate contestaba:

—Mamá, dado que la fe se ha usado para justificar toda clase de cosas, al final parece algo hecho a medida de quien la usa.

Aunque él podía comprender los beneficios, sobre todo cuando se trataba de obtener apoyo y paz mental. Su madre seguía sin entenderlo, y Nate le dijo que con la fe uno al final se choca contra una pared, y aunque sabía que algunas personas llegaban a la fe por una cuestión pragmática —como en la apuesta de Pascal, que demuestra que conviene creer por si acaso—, él prefería una vida sin fe, y solo tratar de ser una persona decente.

La cara de su madre parecía haberse encogido y arrugado de repente.

—¿Pared? —susurró—. ¿Apuesta? —Se serenó y tomó aire, luego le dijo—: No olvides de dónde vienes.

Y Nate le respondió que no lo olvidaba. Y su padre le dijo:

—Sí que lo has olvidado. Mira, has angustiado a tu madre.

Su madre, al concluir que no había una buena razón para que Nate no creyera en Dios, se había puesto a llorar.

Entonces, Nate decidió no mencionar a su hermano o esta dinámica familiar. A veces solo dejaba que los demás asumieran que venía de una familia caucásica adinerada y que era hijo único.

Keru era hija única y había ido a la fiesta de Halloween sola, lo había decidido a último momento, para que su último año final de universidad no resultara tan pesado.

—Algunas personas dicen que les doy miedo —dijo ella.

Y luego gritó: “¡Bu!” y él se sobresaltó.

Estaba asustado, pero también lo intrigaba. Imaginó que así debieron sentirse los primeros científicos cuando se toparon con la electricidad.

Poco después, encontraron un sofá donde sentarse, y cuando Nate se puso a contarle que el año siguiente empezaría su posgrado para estudiar organismos simples, Keru cogió un

posavasos de la mesa de centro frente a ellos y lo lanzó al otro lado de la habitación, que estaba llena de gente, sin dejar de mirar a Nate en ningún momento y haciendo como si nada.

—¿Acabas de...? —le preguntó él, señalando en dirección hacia donde había arrojado el posavasos.

—¿Qué? —preguntó ella.

Cogió otro posavasos y mientras lo preparaba, él dejó de señalar y le preguntó por sus planes de posgrado.

—No voy a ser doctora —dijo, mientras jugueteaba con el posavasos—. Tampoco abogada —dijo, mientras lanzaba el posavasos como un *frisbee* al otro lado de la habitación—. Ni voy a hacer un posgrado en finanzas —dijo, mientras cogía un vaso desechable (no había más posavasos)—. Lo que nos deja una última opción.

—¿Eh? —dijo él, sumido en el estupor.

—¿Consultoría? —preguntó, y como no le contestaba agregó— ¿Sabes de lo que hablo? —pero como él seguía sin contestar, ella dijo—: ¿Ochenta horas a la semana? ¿Que te traigan la comida directamente a tu escritorio? ¿Atender llamadas con suma urgencia que no tienen la menor importancia?

Alrededor del 70 % de sus compañeros de clase se había dedicado a la consultoría. Durante el curso de orientación del primer año los habían invitado a asistir a los eventos de la temporada de reclutamiento.

Una vez que él se recuperó, asintió y dijo:

—Sí, señora —luego posó su mano en una de sus mejillas ruborizadas y agregó—: Perdón, es que me pones nervioso.

La sonrisa de ella era genuina, cálida y escondía algo, como si después de sonreír estuviera lista tanto para darle un golpe como para abrazarlo.

Ella se inclinó hacia él y le dijo que tenía un secreto que podía ponerlo aún más nervioso. Él también se acercó y le preguntó

cuál era el secreto. El secreto era que ella quería ganar dinero, y no sentía culpa alguna.

—Mi familia no tiene contactos y no voy a heredar una fortuna. Pero estoy decidida a hacer todo lo necesario para construir una vida que honre las penurias que mi familia y yo tuvimos que atravesar para llegar hasta aquí. ¿Me sigues, Tiburón Nate?

Él se preguntó si con «me sigues» ella se refería a «¿Entiendes las palabras que salen de mi boca?» o «¿Estás listo para unirse a mi causa?». Keru parpadeaba mucho menos que el humano promedio y mucho menos que él. Después del vaso desechable, lanzó un portaminas. Después del portaminas, lanzó un cuaderno de espiral. Escucharon que alguien gritaba:

—¡Ey, qué coño!

Pero la fiesta siguió su rumbo, la música siguió sonando, hasta que al final de la noche Nate le preguntó a Keru si podía volver a verla y ella apartó la mirada y la clavó en la mesa de centro, por fin vacía, y le dijo:

—Quizás.

Nate sabía suficiente chino como para seguir la conversación, pero no lo suficiente para intervenir. Dado que gran parte de su cerebro estaba enfrascado en la tarea de escuchar y traducir, no quedaban neuronas disponibles para la construcción de pensamientos nuevos. Su profesora de chino le había dicho que estaba en esa fase del aprendizaje de una segunda lengua llamada monotarea.

—La mayoría de las personas jamás supera esta etapa —le advirtió, y le animó a dar el salto a la conversación activa.

—¿Dar el salto?

—Sí. ¡Hazlo ahora!

Las frases de Nate no tenían lógica y emitía sintagmas incomprensibles. Mientras balbuceaba, una espuma blanca se

formaba en la comisura de sus labios. La profesora no tardó en decirle que dejara de saltar, que tampoco era una rana.

Esas clases semanales eran aburridas y le recordaban que su anterior intento de aprender una segunda lengua había sido una pérdida de tiempo. Había ido a clases de español durante ocho años, con la mejor calificación cada semestre, y no sabía ni una pizca de español. Por necesidad, ahora sabía mucho más chino. La profesora de Nate era de Pekín y hablaba con una precisión orgullosa, casi militante. En su primera clase, ella le gritó, pero luego él se dio cuenta de que esa era su forma de hablar. Le gritaba:

—Mil cuatrocientos millones de personas hablan mandarín, es la lengua más hablada del mundo —insistía gritando—. Solo seiscientos millones de personas hablan inglés. Pero si hablas inglés y mandarín podrías comunicarte con alrededor de dos mil millones de personas alrededor del mundo. ¿No es maravilloso?

Nate le dijo que no necesitaba comunicarse con tanta gente, solo con sus suegros. Cuando la profesora se enteró de que Keru y su familia provenían del sudoeste de China, de una zona rural, le explicó que allí hablaban un dialecto del mandarín de entonación más monótona, de sonidos más suaves y, en definitiva, menos preciso. Dialectos como aquel, de los pueblos rurales, pueden ser agrupados bajo el término *tu hua*, o “habla de la tierra”.

—No puedo enseñarte el habla de la tierra —admitió y luego agregó que encontrar un profesor que pudiera sería imposible.

El lenguaje oficial es el mandarín de Pekín; los dialectos se hablan en casa. Así que, al quedarse sin opciones y dado que Keru se mostraba reticente a enseñarle, Nate aprendió el mandarín aprobado por el gobierno, impartido por profesionales contratados para tal fin e intentaba aplicar lo aprendido a las conversaciones que oía en el círculo íntimo de su mujer, un ejercicio que se parecía bastante a meter un cuadrado de madera dentro de un

agujero redondo, aunque con la suficiente fuerza, y con cada una de sus neuronas dedicadas a esa labor, al final lograba meter el cuadrado en el agujero.

Visto desde fuera, el esfuerzo no parecía gran cosa. Se sentaba y escuchaba. Se quedaba en silencio con cara de tonto.

Pasaron la semana puertas adentro, comiendo. Cada mañana, a la hora del desayuno, los padres de Keru les ponían delante una variedad de carnes y tentempiés de espinaca, tortitas de cebolleta y una serie de salsas. Cada mañana, debían terminárselo todo, o si no, advertían los padres de Keru, no tendrían energía para el resto del día y se desmayarían. Mientras comían para evitar el desvanecimiento, Keru les preguntó a sus padres si tenían la intención de ir a algún lado. A la playa, por ejemplo. O a pasear con el coche por las famosas costas. Había muchos faros. Ni siquiera hacía falta bajarse del coche, podrían admirarlos desde lejos, a través de los cristales tintados y con las ventanillas cerradas.

Sus padres sacudieron la cabeza al unísono.

—Demasiada gente —dijeron.

Ya habían visto las dunas de camino hacia allí e imaginaban que la arena sería igual en todas partes.

Keru les preguntó si al menos les apetecía salir a caminar junto a Nate y ella. Hacía buen tiempo, al igual que ayer y el día anterior, baja humedad, nubes mullidas. Al escuchar la palabra *caminar*, Mantou apareció corriendo desde el salón y se metió debajo de la mesa, a los pies del padre de Keru. Él intentó acariciar a Mantou, pero no pudo encontrar el lugar ideal, por lo que dejó su mano suspendida por encima del pelaje blanco y negro mientras el perro se sacudía reclamando su atención. Los padres de Keru no eran cariñosos con los animales, aunque, de niño, el padre había criado perros para cuidar los cultivos y los campos. Pero no eran del tipo de los que uno acaricia o mete dentro de la casa. La madre de Keru les tenía miedo a los perros, sobre todo

a los grandes que podían saltarte encima y posar sus patas en tus hombros. Cuando Mantou se lo hizo, ella se cayó de espaldas y gritó. Luego le gritó a Keru que casi la mata. Contrataron a un entrenador que había logrado que Mantou dejara de saltarle encima a la gente, pero pasó todo un año hasta que la madre de Keru aceptó estar en la misma habitación que la perra. Preguntaba a su marido, en voz alta, con su hija ahí mismo, si Keru había comprado una perra para quitarse a su madre de encima. Keru conocía la fobia de su madre hacia los perros, y ahora era dueña de un perro gigante. En ese momento Nate se dio cuenta de la dificultad con sus suegros. Podían hablar de Keru como si ella no estuviera presente y construir hipótesis de lo más alocadas sobre por qué ella era tan irresponsable. Cuando Nate dijo que comprar a la perra pastora había sido idea suya, que la anhelaba desde la infancia, sus suegros le agradecieron por compartir con ellos sus sueños infantiles, pero se pusieron a especular que probablemente Keru lo había obligado a decir eso, para que no le echaran la culpa a ella.

Sin embargo, ahora había cariño entre la perra y los padres, e incluso el padre de Keru llamaba a Mantou su gran perra panda.

Aunque inmediatamente después de acariciar a la gran perra panda, se iba al fregadero a lavarse las manos.

Durante el segundo año de la pandemia, pocas personas eran —los inmunodeprimidos, la gente con bebés— tan cuidadosas como los padres de Keru. Sin embargo, al otro lado del espectro estaban los padres de Nate, que se negaban a vacunarse y cuando contrajeron el virus se negaron a admitir que lo tenían o a hacer cuarentena. Durante seis meses, su padre perdió el sentido del olfato y lo atribuyó a una alergia. Su madre tenía severos dolores musculares, pero se negaba a hacerse un test o a tomar analgésicos. Por teléfono, Nate preguntó cómo creían que podrían viajar a lugares como Nueva York, para visitar a